

Juan Durán Luzio

Universidad Nacional

CRONICAS MARCIANAS:
DE LA CONQUISTA DE AMERICA A
LA CONQUISTA DE MARTE

LETRAS 25-26 (1992)

En 1950 Ray Bradbury sorprendió al mundo literario estadounidense con la publicación de sus *Crónicas marcianas* (*The Martian Chronicles*), obra que pronto se empezó a contar entre los clásicos de su género. La ciencia ficción era por entonces relativamente nueva; no lo eran, sin embargo, los antecedentes de ese género que bien se remontan a la antigüedad clásica. Jorge Luis Borges ha señalado en un breve y penetrante prólogo que el hombre ha venido escribiendo de viajes interplanetarios ya desde el siglo segundo de nuestra era¹.

El fracaso de Icaro, por otro lado, muestra la antigüedad del sueño por traspasar los límites de la morada terrenal. En las *Crónicas marcianas* se da lugar a esa misma antigua aspiración por medio de la acción de unos hombres que son nuestros coetáneos; y, en verdad más que eso: esos hombres son también contemporáneos de todos los hombres, y particularmente de aquéllos que van en pos de algo nuevo y desconocido. Su conducta termina revelando la conducta del conquistador en cualquier circunstancia; pero en mucho se asemeja al comportamiento del europeo cuando su llegada al Nuevo Mundo. El gran viaje del llamado descubrimiento de América no fue, por supuesto, un viaje interplanetario; pero en más de un sentido fue un viaje hacia otro orbe, del todo desconocido aunque intuido por una Europa que, sin embargo, antes de darle otro nombre, le llamó Nuevo Mundo. Estas nociones generales parecen sustentar la obra de Ray Bradbury y se hacen

1. Este prólogo abre la edición de la cual citamos: Ray Bradbury, *Crónicas marcianas*, traducción de Francisco Abelanda. Prólogo de Jorge Luis Borges (Buenos Aires: Ediciones Minotauro, 1977). 17ª ed.

dominantes en su discurso. Que ya el título incluya la palabra *crónica*—tan usual entre los títulos de conquistadores e historiadores de Indias— obliga a una advertencia sobre el aspecto formal del texto: no se está únicamente ante la presencia de una serie de cuentos semifantásticos ocurridos en el planeta Marte. Si bien algunos relatos —o episodios— funcionan de modo autónomo, la mayoría relaciona un suceso con otros y, en general, se comportan más bien a modo de capítulos, integrados a la totalidad del texto, aunque varios de ellos ofrecen una suerte de desenlace propio. La palabra *crónica*, nuevamente aclara que el orden de tales capítulos estará dado, finalmente, por el empleo del tiempo; en efecto, cada capítulo va encabezado por una fecha y un título: he ahí una doble señal hacia la historia y la ficción.

Además, esas partes a modo de capítulos —más que de cuentos— funcionan por oposición, que aunque alternante, logra continuidad semántica y formal, todo lo cual da al libro una identidad final de novela. En cuanto a su significado, el escrito es capaz de desplegar una variedad de matices alegóricos: como género parece imitar a una historia, a una crónica; como significación última, parece desarrollar una metáfora que comprende buena parte de la conquista de América y sus aspectos más relevantes. En fin, la estructura aparentemente suelta del libro semeja, de otro modo, a la forma poco concisa de esos historiadores de la conquista que estaban tratando un hecho general y extenso y no un acontecimiento bien preciso. Así, si bien las fechas que encabezan los capítulos corresponden a un tiempo futuro, en cierto modo corresponden también al pasado, como casi todo en el libro.

Desde enero de 1999 (fecha inscrita por el narrador al comienzo del primer capítulo) hasta octubre de 2026 (fecha del último) hay un transcurso de tiempo que, como en el caso del descubrimiento y conquista de América enmarca años finiseculares como otros que corresponden a inicios de época; por esa variedad temporal se comparten ciertos rasgos: el fin del siglo XV como el fin del XX son ventanas hacia nuevas épocas; si antes el descubrimiento de América se produjo en el umbral del Renacimiento, ahora la conquista de Marte se producirá en la víspera de la tercera guerra mundial, cuando la tierra pareció estallar, encenderse y arder (p. 199).

El novelista sabe que para él como para el historiador las épocas

pasadas no son recuperables en su totalidad; se impone, por ello, la necesidad de selección. En ambos casos —para el de Marte como para el de América— se ha seguido un ordenamiento cronológico explícito de las secuencias seleccionadas, al modo de la crónica histórica. Se han recreado hechos que las plumas de los historiadores —como ahora la del novelista— consideran representativos de esa gran gesta. Es consecuente preguntarse, por lo tanto, ¿corresponden las fechas que introducen los episodios de *Crónicas marcianas*, de algún modo, a fechas relativas al descubrimiento y conquista de América? En algunos casos hay ciertas correspondencias, pero la mayor parte sólo proveen el marco temporal indispensable para que el historiador sitúe los hechos, con matices de verosimilitud, sean del pasado o del futuro.

Más que las fechas, importan, en verdad, los acontecimientos que esas fechas introducen: ese «enero de 1999» con que se abre el relato de Bradbury en poco se asemeja al lejano agosto de 1492, cuando Colón salió en su viaje hacia lo desconocido desde el puerto de Palos, no lejos de Moguer, en el sur de España; este punto bien conocido ahora equivale al no menos popular Ohio, estado desde el cual zarpa la primera nave hacia Marte. Ohio: único estado de la Unión que honra con el nombre de su capital, Columbus, al descubridor de América. Al inicio de la novela se recrea, pues, la salida de las naves acorde con los desarrollos de unas ciencias que han reemplazado las carabelas por fulgurantes cohetes: “El cohete creaba el buen tiempo, y durante unos instantes fue verano en la tierra...” (p. 16). Este hombre futuro cuyas máquinas podrán alterar el clima, es en parte el mismo que antes fue capaz de cambiar la geografía de la tierra —geografía que había estado vigente por casi veinte siglos—. En ambos casos la empresa es única por lo inusual y por lo enorme: se acomete la búsqueda de nuevos domicilios para la especie, y ahora como antes, nada detendrá al hombre en sus designios de desafiar lo desconocido.

Pero lo desconocido no es tan radicalmente desconocido: en ese lejano espacio al cual se dirigen los hombres blancos de pelo rubio y ojos azules, habitan otros hombres de piel morena y ojos amarillos y rasgados; y habitan allí desde hace siglos, en viviendas y ciudades construidas por sus antepasados. Ahí dedicaban el día a cultivar sus viñedos y las tardes a leer sus libros de metal con jeroglíficos en relieve —como si fuesen estelas

mayas de piedra—. Viven allí —digamos— naturalmente; tal como naturalmente habitaba sus tierras el aborigen que en el Nuevo Mundo encontró el europeo. Este orden pacífico que, por la descripción de la primera casa marciana, parece ajustarse a sabias normas ecológicas, es de pronto invadido por seres desconocidos de los cuales se tiene, sin embargo, una lejana y terrible sospecha.

Ylla K es la primera persona que en Marte vive la intuición de la llegada de los invasores: un sueño le anuncia que un hombre extraño bajará del cielo. Y aunque el cielo no tiene aquí la connotación religiosa que tenía para los pueblos americanos, a su noción de la alteridad no falta el asombro vivido por los habitantes del Nuevo Mundo cuando vieron al español: “venid a ver a los hombres venidos del cielo” cuentan Colón y Cortés que se anunciaban los indios ante los extranjeros; la noción que tienen del otro, por desconocimiento de hombres tan distintos, es necesariamente teológica, y atribuyen carácter divino a los españoles. Para los marcianos “el otro” se anuncia como parte de un sueño disparatado, carente de divinidad, pero cargado de peligros. El esposo de Ylla K toma las debidas precauciones: coge su arma, se pone una máscara de plata y se apronta a dar muerte al invasor. Le mueven el temor y los celos; de este modo el relato se aproxima a un hecho histórico bien documentado: el rapto de las mujeres del pueblo invadido por parte de los invasores. El acontecimiento, además de establecer el carácter humano de los marcianos, corrobora el temor que existe entre estos seres de piel morena de ser sometidos por una gente distinta y lejana.

El episodio que continúa —«Noche de verano»— amplía y enriquece ese temor: una mujer canta en un escenario ante el público, y canta una canción que es un anuncio estremecedor; como un oráculo pronuncia palabras que no puede controlar, en una lengua que ni ella ni nadie conoce; entonces “una ráfaga helada atravesó el anfiteatro” (p. 32). Y esa noche de verano, “en el templado y apacible planeta Marte”, en esa ciudad de galerías de piedra donde “los canales relucían de horizonte a horizonte” (p. 31) y “las embarcaciones delicadas como flores de bronce se entrecruzaban en los canales de vino verde”, en cuyas avenidas aún corrían niños con arañas de oro en las manos, se convierte en una noche de miedo: es el temor latente ante la cercana presencia del conquistador. Temor este de los marcianos como acaso se sintió en la lacustre Tenochtitlán esa noche apacible que precedió

a la llegada de Hernán Cortés y sus hombres. En sus galerías de piedra, entre sus barcas delicadas, en sus avenidas rectas los habitantes viven como los marcianos la fuerza del presagio: “algo terrible va a ocurrir cuando amanezca” (p. 33) repite la gente. Los rumores se extienden por la ciudad y se habla de esos hombres diferentes, de extrañísima lengua y grandes poderes.

Esta premonición compartida a siglos de distancia es el anuncio de los dioses, otro apocalipsis: “se acerca, se acerca cada vez más”, se lamentan los marcianos y hacen sonar sus cuernos dorados. “Ahora bien, Moctezuma cavilaba en aquellas cosas, estaba preocupado; lleno de terror, de miedo: cavilaba qué iba a acontecer con la ciudad. Y todo el mundo estaba muy temeroso. Había gran espanto y había terror”². Ese agosto de 1999 se asemeja en mucho a noviembre de 1519, cuando un pueblo atemorizado vio la llegada del hombre blanco al valle del Anahuac. Y se lamentan porque saben desde antiguos tiempos del retorno de ese dios blanco que será su nuevo señor. Los marcianos viven el espanto de su propio Quetzalcóatl: “Y en todos los trastornados pueblos marcianos ocurrió algo semejante; una ola de frío cayó sobre ellos como una nieve blanca” (p. 32). Ellos también han leído en esos anuncios extraños el signo inminente de su destrucción.

El sutil símil de la conquista de Marte con la de México le permite al narrador una novedosa adecuación de los hechos: en vez de ir al pasado mexicano y hacer una novela histórica, fue hacia el futuro e hizo una obra de ciencia ficción. Ese tránsito le obligó a cambiar los escenarios y el exterior de sus personajes, pero le permitió conservar lo esencial del encuentro conmovedor entre dos pueblos que de algún modo se esperaban. Su preferencia por la novela antes que por la historia se demuestra de un modo no menos original: el ámbito de sus relatos —o capítulos— es el de lo cotidiano, de lo menor, de los hechos menudos y de aquello que en general, la historiografía deja de lado. Ray Bradbury reexamina los problemas esenciales de la historia pero prefiere las formas y las convenciones tradicionales de la novela³.

2. Este texto aparece entre “Los testimonios aztecas de la conquista”, en Miguel León-Portilla, *El reverso de la conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas* (México: Joaquín Mortiz, 1964), p. 35.

3. Sobre su preferencia por el género novela y el tiempo del relato, se dice: “La inspiración para las *Crónicas* viene del libro clásico de Sherwood Anderson, *Winesburg, Ohio* (1919) sobre la

Esta técnica de presentar lo grandioso a través de lo más común y cotidiano tiene una de sus mejores expresiones en el relato que continúa, “Los hombres de la tierra”. Los terrícolas, recién desembarcados, no resisten la indiferencia de los marcianos ante su presencia y, con una conciencia histórica muy propia, exigen ceremonias de recibimiento como correspondería a la tradición de los grandes descubrimientos que ellos conocen, pero que los marcianos parecen ignorar. El descubridor, el conquistador reclama un derecho que la historia ha consagrado; en cambio el primer marciano que enfrentan les recibe con un portazo en las narices, literalmente. El pedido reiterado de los terrestres, “¡Dígame que venimos de la tierra! ¡Qué nadie vino antes de allá!” (p. 36) parece no conmover, salvo a un psiquiatra, quien decide enviarlos a un manicomio. Bien sea porque los marcianos no entienden ese mensaje, bien porque simulan no entender, el impase trae a cuenta el problema de la comunicación, central para algunos intérpretes de la conquista de América; pero esta vez no es el conquistador el que saca ventaja en ese proceso; los marcianos descifran primero los códigos ajenos porque poseen el don de la telepatía. Aun así no pueden detener a los terrestres que en un lapso igualmente breve se apoderan del planeta⁴.

Y los primeros terrestres, que esperaban una gran recepción por ser los pioneros, calman sus aprensiones con la alegría de una fiesta que, aunque celebrada en un manicomio, corresponde a lo que esperan como agasajo por su hazaña; ellos, como los primeros europeos que vinieron al Nuevo Mundo, no podían juzgar a los otros sino bajo su propia concepción de la vida. Y para

vida y la gente de los pueblos pequeños del Medioeste. ‘Leí ese libro en 1944’ —recuerda Bradbury— ‘y pensé que me gustaría escribir un libro como ese, sólo que localizándolo en un tiempo futuro’ —y agrega luego—: ‘somos la gente más privilegiada de la historia para dar el gran paso: una noche salí para ver elevarse un cohete, y fue como tener de nuevo ocho años de edad. Es como una experiencia religiosa. La gente siempre dice ¡qué formidable debió haber sido vivir cuando Colón se hizo a la mar! Pero esta es justamente esa clase de época’ ”. Estas líneas provienen de un prólogo firmado por The Editors of Time, y precede a la más completa edición de lengua inglesa *The Martian Chronicles*, with a new Introduction by Fred Hoyle (New York: Time Incorporated, 1963) pp. xi-xii. (La traducción de este párrafo es nuestra).

4. Sobre el empleo del lenguaje y de otros signos como elementos de dominio, véase el notable ensayo de Tzvetan Todorov, “Cortés y Moctezuma: De la comunicación”, *Vuelta*, 33 (1979), pp. 20-25. Más sobre el tema ha desarrollado Todorov en *La conquista de América. La cuestión del otro*. Traducción de Flora Botton Burlá (México: Siglo XXI, 1987).

los marcianos, como antes para los indios americanos, la realidad impuesta por los invasores resulta tan inexplicable como intolerable; además, su crueldad y su codicia son una constante amenaza de muerte. La única petición posible que formulan los invadidos fue la que formuló reiteradas veces Moctezuma: que abandonen su tierra, que se vayan, que les dejen en paz. Y ante la negativa del invasor no queda más respuesta que la violencia; pero en esto transcurren apenas unos veintisiete años para que Marte pierda casi toda su población original: las armas de los terrestres y su voracidad han hecho ese bien documentado trabajo de destrucción.

Poco después, los marcianos como los antiguos mexicanos o mayas o incas no pueden asumir otro papel que el de espectadores de las tropelías de los nuevos señores. La existencia rica y sencilla, plena y organizada de esas civilizaciones va a ser enfrentada por una forma de vida que es la antítesis de aquel orden, porque el invasor es un hombre lleno de apremios que le agobian: ahora como antes, el viaje es una especie de escape, de última alternativa ante la inminencia del fracaso. La novela sugiere que, fuera de ciertas autoridades que lo hacen por deber, los otros son como “El contribuyente”, ese hombre común que reclama su derecho a partir porque “todas las gentes con sentido común querían irse de la Tierra. Antes que pasaran dos años iba a estallar una gran guerra atómica, y él no quería estar en la Tierra en ese entonces” (p. 51). Sufriendo amenazas similares a las padecidas por el hombre del Renacimiento, él también espera encontrar una nueva tierra de promisión, una utopía realizada, y piensa que “era posible que allá arriba hubiera un país de leche, miel...” (p. 52), como había prometido Jehová al comienzo del Exodo (3:8). Si el siglo XVI se había lanzado como ningún otro a la búsqueda de la perdida Edad Dorada, del Paraíso Terrenal, Ray Bradbury sugiere que nuevamente a fines de este siglo el hombre estará empeñado en esa vieja demanda ante los peligros de una catástrofe mundial; y al hacerlo, estará recorriendo otra vez un trillado camino.

Es en «La tercera expedición» que el terrestre cree encontrar en un lugar de Marte ese remanso de paz y gozo que le recuerda el Paraíso. Fue también en la tercera expedición que Cristóbal Colón creyó dar con ese Jardín cerca de la desembocadura del Orinoco, pensando que se hallaba en el fin de Oriente, lugar en el cual las Escrituras situaban el Paraíso. La siguiente afirmación del arqueólogo Samuel Hinkston —tripulante del

tercer cohete— tiene similar sentido al que va implícito en el escrito de Colón a los Reyes Católicos, cuando creía aproximarse al Paraíso: “Es posible, capitán, que esto demuestre por vez primera, y plenamente, la existencia de Dios” (p. 56). Pero, como responde el capitán, Dios no necesita de pruebas; en aquel lugar de Marte se está viviendo esa especie de vida eterna que según muchas religiones sigue a la muerte, grata y vencedora del tiempo: se vuelve a la infancia, en la intacta casa paterna, donde están resucitados los muertos más queridos. Parece un milagro lo que encuentran los terrícolas, como dice la abuela reencontrada, “estamos aquí, vivos otra vez... Una segunda oportunidad” (p. 63). Para los hombres ese es el cielo mismo; para los marcianos, una ilusión visual que ellos han sido capaces de crear al leer los más profundos anhelos de los humanos: han dado forma y lugar a la esperanza permanente del encuentro con los seres amados en el más allá. Sin embargo, el capitán John Black descubre el ardid de este pueblo que se defiende ilusionando al intruso: “conociendo mis deseos y mis anhelos estos marcianos los han hecho, como mi viejo pueblo y mi vieja casa” (p. 69). También por momentos esa vida plena y eterna quiere aludir a otro de los mitos presentes en la conquista de América: la búsqueda de la Fuente de la Eterna Juventud. Allí se ha detenido el tiempo; afirma el capitán al ver a su hermano Edward: “Tienes muy buena cara, Ed, ¿Pero cómo? No has cambiado nada en todo este tiempo” (p. 65). Allí se ha derrotado a la muerte y al paso del tiempo; pero todo no es más que un espejismo, los terrestres pierden esa batalla como antes, en la Florida, la había perdido Juan Ponce de León. Revelar la verdad les cuesta, como a Adán, la expulsión de ese Paraíso, y luego la vida, al capitán y a sus acompañantes. Como toda estancia en el Paraíso, ha sido maravillosa, fugaz e irre recuperable. Irónicamente, la banda del pueblo marciano celebra las muertes de los invasores tocando *Columbia, la perla del Océano*.

El cuarto viaje a Marte, como en el caso de los viajes de Colón, es el que propicia un enfrentamiento más abierto y más violento con la otra realidad; desaparece el matiz heroico con que se reviste el conquistador para dejar paso a un hombre común y corriente, acaso porque la novedad de la empresa también comienza a desgastarse. La tripulación que acompaña al capitán Wilder es una de gente deliberadamente representativa de Estados Unidos, que actúa ahora como la de la España del siglo XVI. Entre estos navegantes del espacio se encarnan los valores e ideales de los grupos

medios de aquel país. Por ello esperan de esta empresa lo mismo que esperaban los marineros que acompañaron a Colón o, mejor aún, los soldados que subieron con Cortés a conquistar México: “Allí estaban, de pie, pensando en el honor y la fama, mientras los pulmones se les iban acostumbrando a la atmósfera enrarecida que casi emborrachaba cuando uno se movía con demasiada rapidez” (p. 72). Pero ni ahora ni antes es el clima lo que causa la consternación mayor, sino la presencia concreta de una civilización magnífica y distinta, prueba reveladora del trabajo secular de los seres ante la naturaleza. Sean del Nuevo Mundo o de Marte, allí están ante la vista asombrada del recién llegado las grandes ciudades, las torres, los canales, los anfiteatros.

Los terrestres encuentran algunas de estas obras ya abandonadas por los marcianos, como las grandes obras mayas cuando las halló el español. Otras han sido dejadas de prisa porque ante la noticia de la invasión, sus moradores han huido a las montañas; y otros pueblos, acercando aún más el paralelo que parece guiar estas crónicas, han sido devastados por la varicela, enfermedad que en Marte, como antes en el Nuevo Mundo, acabó con millares de vidas. Otra vez pueblos sabios, fuertes y virtuosos caen masivamente ante el morbo extraño: “Una raza evoluciona durante un millón de años, se civiliza, levanta ciudades como éstas, lucha constantemente por ennoblecerse y embellecerse, y luego muere... ¿Ha muerto el resto de los marcianos de una enfermedad terrible o majestuosa? ¡No, por todos los santos, no! ¡Varicela, una enfermedad infantil, una enfermedad que en la Tierra no mata ni a los niños! No, eso no está bien, no es justo... ¡La varicela no concuerda con esta arquitectura, con todo este mundo!” (p. 75). Aunque estos juicios corresponden a una reflexión de Jeff Spender sobre el flagelo traído por las primeras expediciones, parece claro también su alcance universal y su pertinencia respecto del encuentro del español con el natural americano. El pueblo que se cree superior ha minado las fuerzas del otro hasta por los medios más insignificantes.

Son las grandes tensiones generadas en el enfrentamiento de pueblos diversos las que asumen sutilmente el discurso de estas *Crónicas marcianas* que desarrollan a continuación la imagen del conquistador rebelde; de quien, siendo miembro del pueblo invasor, vio en la acción de los suyos un abuso y una tropelía. Spender encarna ese papel y su pensamiento coincide

con el de ciertas corrientes religiosas que vacilaron en dar total aprobación a la empresa española en Indias. Es él quien desarrolla un alegato en favor de los invadidos, y en la primera parte de su exposición sus argumentos semejan a los de un Bartolomé de Las Casas, rebatiendo, con similar calor, las razones que su propio pueblo esgrimía para justificar la colonización de ultramar. Para apoyar su crítica Spender se funda, como Las Casas, en una ética emanada de los postulados de un cristianismo universal que exige, sobre todo, el respeto mutuo. Desde ahí el astronauta hace una apología de los marcianos y Marte, como Las Casas la hizo de los indios y del mundo americano: será preciso aprender a compartir el universo como antes fue necesario aprender a compartir un continente con seres distintos, sin ansiar doblegarlos. Jeff Spender advierte: “Lo destrozaremos, le arrancaremos la piel y lo transformaremos a nuestra imagen y semejanza” (p. 78). Esta transformación de un pueblo a la imagen y semejanza del invasor, español o estadounidense, va a ocurrir porque ambos pueblos representan una cosmovisión imperial, poco anuente al diálogo. El proceso empieza por dar otro nombre a la geografía recién encontrada: en Marte pronto habrá una Nueva Chicago, una Nueva Texas, un Detroit II y una Nueva Nueva York; así como antes en el Nuevo Mundo pronto hubo una Nueva Inglaterra, una Nueva España, una Nueva Granada. Después de las regiones serán los ríos, las colinas, los estrechos; todo tiende a adecuarse a las necesidades del conquistador. Si Colón recién luego de desembarcar procede a bautizar la isla Guanahaní con el nombre de San Salvador, en señal de agradecimiento, el terrícola Biggs, en medio de la borrachera con que se celebra la llegada exitosa a Marte, bautiza con su propio nombre un canal en el que va lanzando las botellas vacías. El símil que porta esta grotesca imagen es claro y sugestivo y por él el narrador desacredita una forma de conducta arquetípica del pueblo invasor.

El justiciero Spender frena con un puñetazo los excesos de Biggs; en el golpe van expresados su desprecio y rechazo por esa burda forma de conquista. Sospecha, sin embargo, que contra esa actitud mayoritaria nada se podrá hacer; su temor hacia el futuro de Marte es idéntico al de Las Casas con respecto del de las Indias. Y sabiendo acaso de la inutilidad de antiguas batallas legales, opta heroicamente por un enfrentamiento violento con sus compañeros, en el que pronto cae. Esa rebeldía no tarda en alcanzar un cauce más complejo, tampoco desconocido en la empresa de Indias: el de quien se

declara en contra de la autoridad mayor y desafia su poder para acometer objetivos propios. Spender piensa apoderarse de un sector de Marte para que la vida allí prosiga según sus mandatos; en este aspecto no puede menos que hacernos recordar los actos de rebeldía ante la corona, tales como los de Gonzalo Pizarro, en el Perú, o Martín Cortés, en México; o, sobre todo, la desobediencia de Lope de Aguirre, quien rechaza la soberanía real e intenta fundar su propio imperio en el corazón de la Amazonia; pero, como Spender, muere acosado sin alcanzar su sueño. Aquél, sin embargo, antes de su fin obtiene una revelación notable: descifra algunos códigos que le dan acceso a la cultura marciana; así, reproduce las tareas de un fray Bernardino de Sahagún, compilador e intérprete por excelencia de códigos precolombinos: “Viví cerca de una semana en la ciudad de un valle pequeño, aprendiendo a leer los libros antiguos y contemplando las viejas obras de arte” (p. 85). Así afirma el arqueólogo Spender, quien luego dice haber leído un extraño libro, con hojas de “plata y las letras pintadas a mano en negro y oro. Era una obra de filosofía, de por lo menos diez mil años de antigüedad” (p. 87). ¿No es esta una alusión al *Popol Vuh*, o a otros códigos existentes en América? Spender como Sahagún —o como el padre Francisco Ximénez, copista de aquella cosmología maya quiché— tenía la disposición de comprender esas culturas antes de destruirlas.

El hecho que motiva la afición del navegante estadounidense por ese pasado, es uno revelador y medular para la propuesta de lectura que aquí se formula de *Crónicas marcianas*: Spender de niño ha estado en México, y al igual que Ray Bradbury que visitó el país en su niñez, quedó asombrado por la maravilla de esas ruinas que aún hablan de grandezas pasadas. Ambos parecen inferir que aquello que el hombre destruyó entonces volverá a ser devastado en Marte por una fuerza que guía a estos conquistadores como antes a Hernán Cortés. Spender parece tomar la palabra del autor para declarar: “¿Recuerda usted lo que pasó en México cuando Cortés y sus magníficos amigos llegaron de España? Toda una civilización destruida por unos voraces y virtuosos fanáticos. La Historia nunca perdonará a Cortés” (pp. 90-91). Estas frases revisten una singular importancia con respecto de la configuración del texto: ponen de manifiesto el conocimiento que el autor tiene de la conquista de México; también muestran una valoración del hecho y, sobre todo, sitúan en el discurso de la novela el de la historia americana, desde el cual parece generarse el texto ficticio, por medio de un sistema de símiles implícitos en su desarrollo.

Esa es la primera y más significativa alusión del texto novelesco al descubrimiento y conquista de América, pero no es la única; otra válida para apoyar esta propuesta de análisis aparece cuando Janice Smith y Leonora Holmes se preparan para cruzar el inmenso espacio que las separa de Marte. A pesar de la ingenuidad provinciana en que parecen vivir, estas jóvenes tienen una intuición iluminante: advierten que la historia se repite. Y a tal punto su intuición es clara que Janice se llega a preguntar: “¿Somos realmente nosotros?” Aunque la respuesta de su amiga es afirmativa, la duda así señalada se extiende a muchos de los personajes de estas crónicas que no desean ser únicamente relativas a la llegada del hombre a Marte. Y cuando Janice afirma “desearía que fuese otro año”, su amiga Leonora le responde algo previsible: “¿1492? ¿1612?... Siempre es el día de Colón, o el día de la roca de Plymouth...” (p. 130). El diálogo vuelve a introducir la presencia del descubrimiento de América en el discurso novelesco, y con ello se confirman los términos de una comparación que en este caso es explícita. Si en la vida individual ciertas experiencias parecen repetirse, ¿por qué no van a repetirse en la vida de la colectividad? A esta conclusión llega Janice Smith en la víspera de su partida hacia Marte.

El terrestre de fines del siglo XX que llegará a Marte vivirá acosado por problemas filosóficos y sociales como lo estaba su semejante de fines del XV, que conquistó y colonizó América. Si en el Renacimiento se dieron cita todas las tensiones generadas desde la Edad Media sin encontrar el hombre, más allá de una cambiante fe, la respuesta tranquilizadora, al término de nuestro siglo se debatirá en un dilema similar, a medida que se pierda la confianza en la razón. Los marcianos, en cambio, como los habitantes del Nuevo Mundo, viven en un cosmos seguro, estable y sensatamente equilibrado, libre de amenazas: “En Marte la ciencia y la religión se enriquecieron mutuamente, sin contradecirse... Combinaron religión, arte y ciencia, pues la ciencia no es más que la investigación de un milagro inexplicable, y el arte, la interpretación de ese milagro. La ciencia entre ellos no se opuso a la belleza” (pp. 92 y 93). Y para corroborar esta reflexión a que llega, precisamente por conocer el pasado precolombino, Spender contempla “una aldea marciana de edificios de mármol pulido, decorado con frisos de hermosos animales; gatos blancos, símbolos solares de color amarillo, estatuas de toros, de hombres, de mujeres y de perros enormes, delicadamente cinceladas” (p. 92). En poco difiere esta descrip-

ción de la de algún templo azteca, o maya, o incaico, porque también en esas culturas el arte, el conocimiento y la fe constitufan una unidad.

Desafortunadamente en el encuentro de esos pueblos fueron las armas las que triunfaron por sobre la armonía de los sistemas; y los terrestres, como los españoles en su tiempo, disponen de armas superiores —y de mayor inclinación vital para usarlas—. Toman el planeta y se abre paso a una rápida colonización: en agosto del 2001 “los hombres de la Tierra llegaron a Marte. Llegaron porque tenían miedo o porque no lo tenían, porque eran felices o desdichados, porque se sentían como los Peregrinos, o porque no se sentían como los Peregrinos. Cada uno de ellos tenía una razón diferente” (p. 100). Tampoco en el caso de América existió una causa única que motivara el traslado, y también al principio fueron pocos, puesto que cruzar el océano entonces era una empresa atemorizante, como ahora es cruzar la vastedad del espacio.

Dos grupos son representativos de ese traslado masivo: los militares y los curas evangelizadores. En *Crónicas marcianas* no podía faltar ese asunto central de la presencia europea en el Nuevo Mundo; en el texto la empresa española de evangelización está representada por el grupo de sacerdotes que acompaña al Padre Peregrino, quien, en más de un sentido, reencarna un nuevo Bartolomé de Las Casas: él no sólo va a estar del lado de los marcianos, sino que también va a abogar por una evangelización pacífica, respetando esa diferencia que separa al terrícola del marciano⁵. Como Las Casas, el Padre Peregrino es también un intelectual que ha escrito sobre temas de la fe en otros mundos y, como él, rechaza la idea de considerar bestias o cosas a quienes habitan en los territorios recién conquistados; como predicadores ambos están enfrentados al mismo problema: no pueden permitir que esas almas se pierdan, por muy diferentes que sean.

5. El episodio sobre evangelización se titula “The Fire Balloons” y corresponde a «November 2002». Este relato no aparece incluido en la traducción española que citamos, y falta, igualmente, en muchas de las ediciones en lengua inglesa, tal vez porque no apareció en la primera edición de *The Martian Chronicles* (Garden City, New York: Doubleday, 1950). Fue incluido por primera vez en la llamada edición definitiva, hecha por esta casa editora en 1953. Lo citaremos aquí según la edición de The Time Incorporated, 1963. (Las traducciones de las cuatro citas siguientes son nuestras y corresponden a la paginación de la edición recién dicha).

El reto para la Iglesia del futuro será similar al desafío que enfrentó en el siglo XVI; reconociendo ese hecho, el Padre Peregrino exclama la víspera de la partida: “¡Qué emocionante! ¡Hace siglos que ser misionero no estaba acompañado de algo tan desafiante!” (p. 113). Ya en Marte, y ante la tendencia que niega la capacidad de los marcianos para recibir la fe, el Padre Peregrino va a exponer unas razones que muy bien pueden encontrarse entre las muchas páginas de argumentos lascasianos en favor de los indios: “Ellos saben, y entienden. No son animales. Piensan y juzgan y viven de acuerdo a sus principios morales” (p. 126). Los marcianos se niegan a recibir un credo ajeno, y no porque tengan su propia religión, como fue el caso de los pueblos de América, sino porque están conscientes de que pueden vivir sin él; en un momento en que se comunican con el Padre Peregrino y sus sacerdotes, les dicen: “...vivimos en la gracia de Dios. No ambicionamos propiedades, porque no tenemos propiedades. No robamos ni matamos; no conocemos ni la lujuria ni el odio. Vivimos felices” (p. 132). Tal estado moral óptimo viene a ser perturbado por los conquistadores, sean éstos los españoles o los terrestres del siglo XXI. Los marcianos solicitan luego ser dejados en paz; solicitud que tantas veces se desoyó en las campañas de conquista del Nuevo Mundo.

El episodio del Padre Peregrino, que lleva como título «Balones de fuego», encierra todavía otro sugestivo símil con respecto del encuentro de dos pueblos tan diferentes: los balones de fuego, brillantes y cristalinos, son los últimos marcianos que se ocultan de los terrestres, y han tomado esa forma como un modo de sobrevivencia. Los predicadores no pueden menos que preguntarse si deben evangelizar a esas esferas flotantes en el aire —que piensan y tienen voluntad—, tan lejanas del aspecto humanoide que ellos esperaban de los marcianos. Y llegan a cuestionarse, con la excepción del Padre Peregrino, si esas cosas tienen almas. La pregunta resuena como un eco de las formuladas en las Juntas de Valladolid, a mediados de 1550, cuando Bartolomé de Las Casas debió defender la naturaleza humana de los aborígenes del Nuevo Mundo en contra de sus ambiciosos detractores. No eran cosas, ni pseudohombres, por lo tanto eran seres libres, y no siervos ni esclavos; pero la exterminación del dominado ya estaba en rápido avance. Bajo un proceso semejante, los marcianos sufren una devastación más fuerte que la padecida por los indios, quienes alcanzan a abrazar el catolicismo; y al respecto, nuevamente el discurso de la novela se refiere al caso de México

para ilustrar una situación ejemplar: dice el Padre Peregrino: “Cada país, cada raza agrega algo a nuestro Señor. Me recuerdo de la Virgen de Guadalupe, a quien todo México adora. ¿Su piel? ¿Lo han notado en sus cuadros? Una piel oscura, como la de sus devotos” (p. 128). Con estas alusiones el texto parece reiterar el principio que le da sentido último: la historia del Nuevo Mundo deberá servir para reescribir —o, en lo posible, para corregir— partes de la futura historia de la colonización espacial.

Al poco tiempo de haber llegado el colonizador empieza a modificar la naturaleza para hacerla más propicia a sus necesidades; este cambio en la América española tuvo dos caras: la menos negativa de la agricultura y otra brutal de la minería. Benjamín Driscoll, el sembrador del episodio titulado «La mañana verde», va a contribuir a mejorar ese ambiente que le parece “como si uno viviera en la cima de los Andes; uno respira hondo y nada” (p. 102). Su labor altruista, semejante a las de algunas misiones religiosas, será el cultivo de árboles frutales; opuesta a esta actividad se realiza la ocupación masiva y preferencial de la minería; por ello le advierte el Coordinador a Driscoll: “Además, como estas primeras ciudades son colectividades mineras, creo que sus plantaciones no contarán con muchas simpatías” (p. 105). Sin embargo, el suelo marciano responde generosamente, con desconocida feracidad, y el asombro de Driscoll al ver crecer árboles inmensos luego de una noche de lluvia corresponde al asombro de los españoles ante la abundancia de las tierras de la zona tórrida, atestiguada en diversas cartas de relación. Pero hay otro antecedente histórico de Driscoll, más cercano temporalmente y más situado en la tradición estadounidense a la que él pertenece; se trata de John Chapman (1774-1845), más conocido como “Johnny Appleseed”, quien se dedicó a plantar manzanos a lo largo de las fronteras de Pennsylvania y hacia el medio Oeste, en una misión altruista como la que repite Driscoll en Marte: “En las escuelas nos contaban la historia de Johnny Appleseed, que anduvo por toda América plantando semillas de manzanos. Bueno, pues, yo hago algo más. Yo planto robles, olmos arces y toda clase de árboles...” (p. 103). Benjamín Driscoll —como antes los personajes Janice Smith y Leonora Holmes— está consciente de repetir los actos de otros, en una suerte de ciclo histórico que gira; esa conciencia de reencuentro es central en la organización de la novela.

Pero los beneficios de la actividad agrícola son mínimos frente a la

destrucción de la naturaleza que ejerce el recién llegado; éste es comparado por el narrador, en otro de sus claros juicios valorativos de la conquista, con una horda de langostas voraces: “Los cohetes incendiaron las rocosas praderas, transformaron la piedra en lava, la madera en carbón, el agua en vapor, la arena y la sílice en un vidrio verde que reflejaba y multiplicaba la invasión, como un espejo roto” (p. 108). El medio ambiente americano comienza igualmente a sufrir una transformación por los empeños de un español que asumía un papel activo ante la naturaleza, la que ve únicamente como espacio productor; la quietud secular es removida por la ambición: las especias y el oro que llevaron a los europeos a cruzar mares nunca antes navegados, son, en más de un sentido, los mismos móviles que guían a los terrestres a Marte.

No todos van a Marte guiados por un fin material, como se vio en el caso del Padre Peregrino. También junto a los que construyen templos se encuentran algunos que hacen trabajar por las noches sus máquinas de escribir, al modo de los cronistas de Indias, que antes se entregaron a dejar relación de la formidable empresa en que participaban. Adecuando la imagen a su tiempo y a su preferencia, dice el texto que esos escritores son novelistas y no historiadores: sugiere, claro, la insuficiencia del género histórico para dar cuenta total de un hecho tan complejo como la conquista de Marte. De cualquier manera, la crónica o la novela sobre esa gesta será controversial, como ya lo fue antes; en sus niveles de credibilidad, de asombro, de textura genérica, se envuelve el mismo dilema: narrar lo insólito, lo nunca dicho, hacerlo creíble aunque sean verdades vistas y vividas. Además, se toma partido en lo que se cuenta; así, *Crónicas marcianas* como las historias de aquel entonces, es una relación parcializada de la conquista de Marte. ¿No es acaso el episodio «Un camino a través del aire» una toma de posición con respecto del racismo que está asolando a Estados Unidos de los años cincuenta? Prolongando el paralelo, ¿no hay aquí una alusión a las persecuciones desatadas por la Inquisición? Los negros del Sur de Estados Unidos que huyen hacia Marte semejan a los judíos que, en la España de 1492, deben abandonar su patria, víctimas de una persecución parecida. “Empezaré de nuevo. Instalaré una ferretería”, (p. 145) confiesa el negrito Silly ya listo para salir; él y su raza —también minoritaria y oprimida— esperan una nueva vida en el ultraespacio, como buscaron los judíos españoles en ultramar, aunque no siempre les fue

permitido pasar al Nuevo Mundo. Las condiciones sufridas de los negros quedan bien de manifiesto en el trato que reciben de sus amos —particularmente Silly, de Mr. Teece—. Los negros no han sido obligados a la conversión religiosa por medio de decretos, como los judíos, pero los rastros de la esclavitud se ven vivos en sus relaciones con los blancos. Los negros ahora, como antes los judíos, dejan en el camino por el que salen las huellas de su dolor: pilas de objetos caseros, de bienes apreciados que no pueden llevarse en las naves porque el peso y el espacio lo impiden; pero los cargan hasta los puertos, por lo menos para verlos allí por última vez.

Otra alusión racial no menos significativa hace el narrador cuando presenta a Sam Parkhill en su puesto de salchichas hot-dog, ansioso por recibir a los miles de trabajadores que vendrán a las minas: "...diez mil cohetes, con esos cien mil mexicanos y chinos a bordo..." (p. 187), sus futuros clientes. Se despliega aquí un claro símil de la importación de razas trabajadoras, como si se tratara de los africanos llevados a las Antillas desde el siglo XVI; el pueblo conquistador requiere de razas distintas para que lleven a cabo los trabajos más pesados. Samuel Teece ya se lo había recordado a Silly: hay trabajos que el blanco no quiere o no debe hacer. Con esa idea, es fácil deducir que aniquilan a los marcianos, como antes a los indios y, en ambos casos, los vencidos no se hallaban preparados para aceptar esa abusiva imposición.

Acaso eso dé mayor sentido del relato o capítulo «Encuentro Nocturno», en el cual el protagonista terrestre se llama Tomás Gómez; éste, desde su nombre hispánico, es ya una excepción en el discurso novelesco: él comprende bien las diferencias entre un pueblo que se cree superior y otro, porque ya las ha sufrido en la tierra. Cuando tiene la rara suerte de encontrarse cara a cara con un marciano finaliza su amable diálogo diciéndole: "Jamás nos pondremos de acuerdo", y cuando éste acepta esa diferencia definitiva, Gómez agrega: "¿Qué importa quién es el pasado o el futuro, si ambos estamos vivos?" (p. 117). A pesar de la diversidad, Gómez entiende que el otro es también un ser como ellos; como chicano, él ha debido ya adaptarse a la cultura anglosajona en que vive y que ahora le lleva a Marte como obrero: él, más que los otros, está preparado para establecer el ausente nexo de cordialidad. Pero éste no se logra, y la historia de la destrucción vuelve a repetirse; la ingenua sabiduría de Janice Smith indica

que el hombre vuelve a recorrer los mismos caminos, por dolorosos que sean.

Si la persecución de razas es un antiguo capítulo en la historia de la humanidad, no menos antigua es la censura sobre la imaginación y la fantasía. Y si el nombre de Edgar Allan Poe no le dice nada al constructor Bigelow, es porque éste representa los últimos vestigios de un racionalismo intransigente que para el año 2005 habrá llegado a Marte para condenar todo cuanto no sea explicable por la razón y sus métodos. El fanatismo de la razón será tan peligroso como los fanatismos de la fe; y en el futuro su culto llegará al extremo de hacer pasar por su Inquisición a la fantasía. A tal intolerancia desafía el señor William Stendahl, mandando a construir en Marte uno de los prodigios de la imaginación de Edgar Allan Poe: la casa de Usher. El episodio titulado «Usher II» corrobora que la fantasía no se doblaba fácilmente porque, como la razón, pertenece a la naturaleza humana. Y la colonización de nuevos territorios estimula la imaginación; si antes en el Nuevo Mundo alentó todos los sueños y las fantasías de los europeos, desde la ciudad de oro, las fuentes de juventud eterna hasta los monstruos sin cabeza, en Marte también tendrá su oportunidad la imaginación. Si en los territorios de América las utopías se apresuraron a cobrar alguna forma de realidad, en Marte esa búsqueda no estará orientada por las leyendas medievales, sino por el legado de una literatura sobresaliente que incluye los nombres de Lovecraft, Hawthorne, Bierce y Poe. El Tribunal de la Inquisición, llamado aquí Oficina de Climas Morales, luego de quemar las grandes obras de la literatura fantástica en la Tierra —hacia 1975— proseguirá su tarea en Marte, haciéndonos recordar que el Santo Oficio de España trasladó sus tribunales al Nuevo Mundo para proseguir su lucha en contra de los disidentes del credo único.

Este pasaje de la novela es particularmente crítico de su tiempo, y no sin razón: *Crónicas marcianas* fue publicado en medio de la polémica que en Estados Unidos de Norteamérica había desatado el macartismo; el controversial senador por Minesotta, Joseph Mc Carthy —un Tomás de Torquemada de su época— inició una campaña de vigilancia ideológica en 1950, año de aparición de la novela. No por nada el señor Stendahl alude a una ley de 1950, origen del proceso que ahora llega a censurarle por medio de la Oficina de Climas Morales. Este personaje que sugestivamente lleva

el nombre de otro gran creador contemporáneo de Poe, ha sacado de la misma fantasía las armas para luchar en contra de los fanáticos racionalistas. “La ignorancia es fatal”, le dice Stendahl al inspector Garret para confirmarle que no es sólo el conocimiento científico el que cuenta en la vida de los hombres; su venganza en contra de los inquisidores de la Oficina de Climas Morales es el triunfo final de todos aquellos que han sufrido la represión en nombre de creencias únicas; de aquellos que han sufrido el desprecio por gustar de las grandes creaciones literarias.

Al recrear la acción final del famoso cuento de Edgar Allan Poe —y en un atrevido acto de elaboración literaria— Ray Bradbury produce una fusión del final de «La casa de Usher» con el desenlace de «El barril de amontillado», otro relato clásico de aquel autor; y esta vez el que queda tapiado en los sótanos de la mansión no es Fortunato, sino Garret, el inquisidor mayor de Marte. Como en el primero de los relatos de Poe, la mansión de la venganza cae derrumbándose al lago, borrando las huellas de todo lo acaecido. Así se cumple la revancha de Stendahl en contra de los inquisidores y defensores de las creencias únicas. Al fundir y recrear en uno solo los famosos cuentos de Poe, rinde breve homenaje a un punto saliente en la trayectoria de la imaginación. La tierra del futuro —parecen repetir Poe, Stendahl y Bradbury— tendrá que ser la de la libertad y la de la imaginación o el hombre volverá o condenarse.

El episodio o capítulo que continúa confirma las premisas anteriores: la razón no basta para dar respuesta a las interrogantes del hombre; los designios que están por sobre él son muy superiores a sus posibilidades; por eso «El marciano», en quien Jorge Luis Borges ve un nuevo Proteo, afirma: “A la Providencia no se le hacen preguntas. Cuando no se puede tener la realidad, bastan los sueños” (p. 179). Pero los terrestres ya no se conforman con sueños y, como nuevos encomenderos, se lanzan sobre los cambiantes marcianos para someterlos a sus designios, y en la disputa por posesionarse de ellos, los hacen desaparecer. También este episodio enaltece a la fantasía y condena el afán material del hombre. Los delicados marcianos que pueden leer las intenciones de los hombres terminarán despreciándolos, y huyendo para poder sobrevivir.

Acaso por ello la mayoría de los terrestres no se adapta totalmente a

la nueva vida; permanecen en esa suerte de oscilación propia del emigrante, viviendo lejos, pero pensando siempre en el suelo nativo. Así, el dueño de “La tienda de equipajes” intuye que ante los apremios en la tierra, todos ansiarán volver: “Nuestro hogar está aún allá abajo” (p. 185) le dice al Padre Peregrino, sabiendo que incluso ni la amenaza de la Gran Guerra detendrá el deseo de regreso de los terrestres. En más de un sentido el hombre ha fracasado en Marte; y han fracasado también algunos ganadores, como Sam Parkhill, porque ahora que posee miles de kilómetros cuadrados, está solo y angustiado, apenas en compañía de su leal esposa Elma.

La Gran Guerra Atómica, que se hace inminente hacia el final de la obra; probará que la tierra estaba condenada a su destrucción y, para los que han ido a residir en Marte, que al hombre no le es fácil cortar los vínculos con su origen. La noche de la explosión atómica es también la noche en que “se levantaban los muertos, la Tierra volvía a poblarse, la memoria despertaba y miles de nombres volvían a los labios” (p. 199). El planeta Marte queda despoblado porque los terrestres regresan a participar de su propio apocalipsis; se estaba en Marte, pero no se era de Marte. Durante la conquista y población de América se produjo también un tránsito entre las dos residencias, pero el fuego de ese apocalipsis lo vivieron sólo los pueblos aborígenes.

No todos los terrestres abandonan Marte para sufrir aquí solidariamente la guerra atómica y morir en compañía de los seres queridos. Por casualidad Samuel Gripp y Genevieve Selsor se han quedado en Marte, separados por miles de kilómetros; una llamada telefónica contestada al azar los pone en comunicación; son los únicos humanos que quedan en ese planeta. Y necesitan encontrarse, decirse que a pesar de estar solos, el otro será la compañía para mantenerse dentro de los límites de la familia humana. Pero Genevieve es para Walter nada más que la encarnación de los peores hábitos de la cultura yanqui, y este Robinson Crusoe moderno escapa de vuelta a su isla; y allí quedarán para siempre como dos náufragos abandonados. Walter Gripp ha optado por la soledad pues sabe que podrá resistirla, después de todo ha sido minero solitario por décadas.

El extremo opuesto lo representa, en el capítulo que continúa, el médico y geólogo Hathaway; al quedar solo después de su llegada con la

cuarta expedición, y luego de perder a su familia, la recrea con perfectas figuras mecánicas. Su imaginación y su arte no son para complacer a la literatura, como en el caso de Stendahl, sino a la ética: los robots mantienen a Hathaway dentro del círculo de los hombres, recordándole su pertenencia a la humanidad. De algún modo esas figuras mecánicas son también sus dioses, los ídolos que le ayudan a no perder la fe ni la esperanza en el encuentro con sus semejantes. Finalmente ese encuentro se produce, pero Hathaway muere de la emoción; los otros advierten que la esposa y los hijos son robots y no se atreven a destruirlos; quedarán abandonados en Marte como testimonios de una civilización pasada y fugaz. El hombre pasará por ese planeta y dejará solamente huellas, como el caso de tantas civilizaciones: ahí quedarán restos de sus ciudades, aparatos mecánicos mudos, utensilios que darán al futuro fe de una presencia desvanecida.

La estadía del hombre en Marte parece llegar a un fin, y únicamente permanecerán algunas de sus obras materiales que, aunque muy perfectas, están también destinadas a la destrucción, como la casa mecánica de «Vendrán lluvias suaves», penúltimo capítulo, donde los artificios automáticos siguen sirviendo en aposentos vacíos: “La casa era un altar con diez mil acólitos, grandes, pequeños, serviciales, atentos, en coro. Pero los dioses habían desaparecido y los ritos continuaban insensatos e inútiles” (pp. 22-28). Ido el hombre, la casa ya no es casa, sino ruinas o una curiosidad para el futuro, construida sobre los rastros que a su vez habían abandonado los marcianos. Como una ciudad marciana deshabitada le habrá parecido a Ray Bradbury en sus viajes por México la no menos formidable arquitectura prehispánica que allí, abandonada de sus dioses, desafa al tiempo. Las fuerzas de la naturaleza serán implacables con estas obras, como lo será con la perfecta casa mecánica que comienza a incendiarse un 25 de agosto de 2026. Allá como aquí el tiempo arrasará con las civilizaciones que el hombre, en un ciclo incesante crea y abandona.

Ese debería ser el último episodio del libro para cerrar así un trayecto que va desde el despegue de las naves hasta la desolación del porvenir. Pero concluye la serie un capítulo titulado «El picnic de un millón de años», en el cual la familia del niño Timothy, que ha escapado al holocausto nuclear, regresa a Marte y se prepara para comenzar una nueva vida ahí, depurada, sin los vicios que condujeron a la perdición de la especie humana: “aquella

manera de vivir fracasó y se estranguló con sus propias manos” (p. 243) dice el padre del niño; por eso tiene el valor de incendiar y varar sus naves —como un nuevo Cortés que va ahora tras propósitos espirituales—. Al abjurar de los vellocinos de oro, él encarna la conciencia de una nueva época: “Somos bastantes para volver a empezar de nuevo. Bastantes para volver la espalda a la Tierra y empezar un nuevo camino” (p. 243). Ray Bradbury ha recontado en un libro qué es novela y cuento, qué es pasado y futuro, el antiguo periplo de esa incesante búsqueda humana que pasó por tierras de América y que hoy mismo lanza al hombre hacia el espacio estelar.